

CONFERENCIAS STUART VIII

LAS GRANDES VERDADES

PENSAMIENTOS ADECUADOS ACERCA DE LAS GRANDES VERDADES:

Estas pueden quedar impresas muy profundamente en las niñas. Muerte – juicio – infierno y cielo. Vale la pena separarlas y preparar con cuidado las lecciones pues son tablas de salvación para ellas

Pero deben enseñarse con sencillez, no con fantasía, no pintadas con la imaginación sino con palabras fuertes y sencillas, que no se pueden contradecir. Palabras que son ciertas en lo que concierne a la muerte y al juicio, es decir, como el hombre vive así muere – que como muere así es juzgado – como es su juicio, así es su eternidad.

Lecciones sobre el infierno y el cielo deben venir juntas y ser de los grandes temas del año, de manera que nunca se les pueda olvidar. No pinturas de fantasía, demonios con cuernos son muy poca cosa comparada con las palabras que tienen una base teológica.

Veamos por ejemplo el pasaje siguiente:

“Hagamos a un lado el telón del fuego vengativo, y veamos lo que es el dolor de esta pérdida y digo lo que parece, porque por fortuna sobrepasa la imaginación humana el concebir su realidad. Supongamos que podemos ver los enormes planetas y girando sus terroríficas masas con horrible y clamorosa velocidad, y tronando a través de los campos de irresistible espacio con gigantesca furia, como la poderosa avalancha es débil figura, y así describiendo con irritables excentricidades y temibles defecciones su poderosa búsqueda de centro en círculos. Deberíamos contemplar, en la desnudez de sus tremendas operaciones, la ley divina de la gravedad. De manera semejante deberíamos ver la verdadera relación entre Dios y nosotras, el verdadero significado y digno de su benéfica presencia, si pudiéramos ver una alma perdida en el momento de su juicio final y reprobación, un momento después de su separación del cuerpo, en toda la fuerza de dejar su cuerpo y el fiero vigor de su inmortalidad penal.

No bestias de la selva, no quimeras de imaginación calenturienta pueden ser tan espantosas. Tan pronto como se ha pasado la barrera entre Dios y ella, de lo que los teólogos llaman el amor radical de la criatura por su Creador se rompe en una tempestad de esfuerzos. Busca su centro y no lo puede alcanzar Tiende hacia Dios y es rechazada de nuevo. Espera y golpea contra muros de granito de su prisión con tan increíble fuerza, que el planeta, fuerte y su equilibrio no se perturba por el peso de esa violencia espiritual. Y sin embargo la ley de gravedad es todavía más fuerte y el planeta se mueve hermosamente. Nada puede enloquecer la razón del alma sin cuerpo, como la vista de sus deseos de Dios y la ineficaz atracción hacia la gloriosa Divinidad.

Sube y baja en su jaula ardiente, el espíritu con sus muchas facultades y poderosa inteligencia, el espíritu gasta su inmortalidad vagando siempre como una bestia en su jaula, siempre volviendo a comenzar en sus tres movimientos, que no son sucesivos sino un triple movimiento todo a la vez. La rabia que se debilitaría por alcanzar a Dios, y quitarle el trono, y matarlo y destrozarlo; en agonía desfallecería, sofocaría su sed interior de Dios que la seca y la quema con los frenéticos horrores de un frenesí perfectamente poseído; y en su furia, desfallece, rompe los grilletos de fuego que pinchan su amor radical por la belleza del supremo bien y la arrastra para atrás con cruel impulso de su desesperada propensión a su Centro increado. Y en medio de estos tres esfuerzos, vive su vida de horrores sin fin

Por portentosa que sea la vehemencia con que tira sus imprecaciones contra Dios caen y se desvanecen sin tocar Su tranquilo trono, rodeado de cantos.

Cuatro puntos de vista acerca de su escondido estado, se encuentran en torno al alma perdida, como las pinturas de una horrible exposición. Mientras se ve un millón de veces, diez millones de especies de penas de sentidos que se encuentran y forman una unión repugnante con ese vasto dolor central de la pérdida.. otra, mientras toda la multitud de gracias las incontables bondades de la providencia que él desperdició pasa delante de él y genera ese gusano inmortal del remordimiento del que habla nuestro Salvador. Luego viene una mirada penetrante pero sin alegría, un cálculo pero sólo de bancarrota de la posibilidad de ganar, perdida para siempre, de toda la grandeza como el océano de la bienaventuranza que perdió. Después de todo, viene ante él la inmensidad de Dios, para él sin consuelo ni provecho; no es una pintura, es solamente la sombra sin forma, y sabe instintivamente que es Dios. Con un grito que pudiera oírse en toda la creación, corre hacia El, y choca, como espíritu que es, contra terrores materiales. Busca la sombra de Dios, y lo único que abraza son las llamas. Corre hacia El, pero lo que encuentra son los terribles demonios. Salta con todo lo largo de su cadena detrás de Dios, pero solamente llega a donde hay una horrible multitud de almas perdidas. Así se encuentra siempre sintiendo ser su propio ejecutor. No hay una hora de nuestro sol de verano, ni un momento del dulce brillar de una estrella, no la vibración de nuestras fases de la luna, ni una ondulación del aire perfumado de nuestras flores, ni una nota deliciosa de la música o canto, todo sin esperanza, sin piedad, el alma está para siempre cayendo enferma sintiendo que todo en torno a ella es eterno.

(Del “Santísimo Sacramento” – Padre Faber, Libro III, Sección VII, página 373 ff)